

R40534

DISCURSOS

PRESENTADOS

Á LA ACADEMIA ESPAÑOLA

PARA LA RECEPCION

del

SR. D. JOSÉ DE SELGAS Y CARRASCO.

MADRID.

IMPRESA DE J. RIVERA,
Molino de Viento, 15. pral.
1869.



DISCURSO

DE

DON JOSÉ DE SELGAS Y CARRASCO.

ADVERTENCIA.

La Academia Española, por diez votos contra ocho, no ha tenido á bien autorizar la lectura de estos discursos en junta pública; y semejante determinacion, y los fundamentos que la apoyan, se han hecho del dominio comun en tertulias y periódicos. Por ello nos creemos obligados á que salgan á luz ambos discursos, y á recordar las razones de la Academia, poniendo al lado las que se pudieran aducir en nuestro abono.

Razones de la Academia :

- 1.^a Que los discursos son políticos.
- 2.^a Que esta circunstancia es de mayor gravedad en la contestacion, porque se dá á nombre del Director.

Razones en nuestro apoyo :

- 1.^a Que los discursos no son políticos. El del nuevo Académico tiene por objeto demostrar: que el filosofismo, la política y la industria son los tres elementos que más contribuyen en nuestros días á corromper el habla castellana; asunto, en nuestra opinion, literario y académico, bien que al desarrollarlo haya sido preciso condenar giros y locuciones ab-

surdos y viciosos inventados por la política: lo cual se ha hecho á veces con argumentos sacados de definiciones del *Diccionario* de la Academia. El discurso de contestacion, despues de justificar la eleccion que la Academia ha hecho de su nuevo individuo de número, quiere corroborar lo que éste ha dicho, y procura demostrar que el ateismo, el materialismo, y el panteismo rebajan y empequeñecen las bellas artes y las letras amenas; asunto, en nuestra opinion, propio, á más no poder, de la Academia.

2.^a Que, áun puesto caso que sean políticos, en otras varias ocasiones, y con especialidad en las juntas públicas de 1.^o de Marzo de 1863 y 30 de Setiembre de 1866, se han pronunciado en la Academia discursos, ya exclusiva y declaradamente políticos, ya animados en gran parte con intencion política de no pequeña gravedad; y que la Academia autorizó su lectura, sin duda por creer que los Estatutos entónces (eran los mismos que hoy) no prohibian en tales juntas la materia política.

3.^a Que hoy la Academia, por vez primera y sin ejemplo ninguno anterior, hoy (10 de Junio de 1869) prohíbe la lectura de nuestros discursos, fundándose en que son políticos.

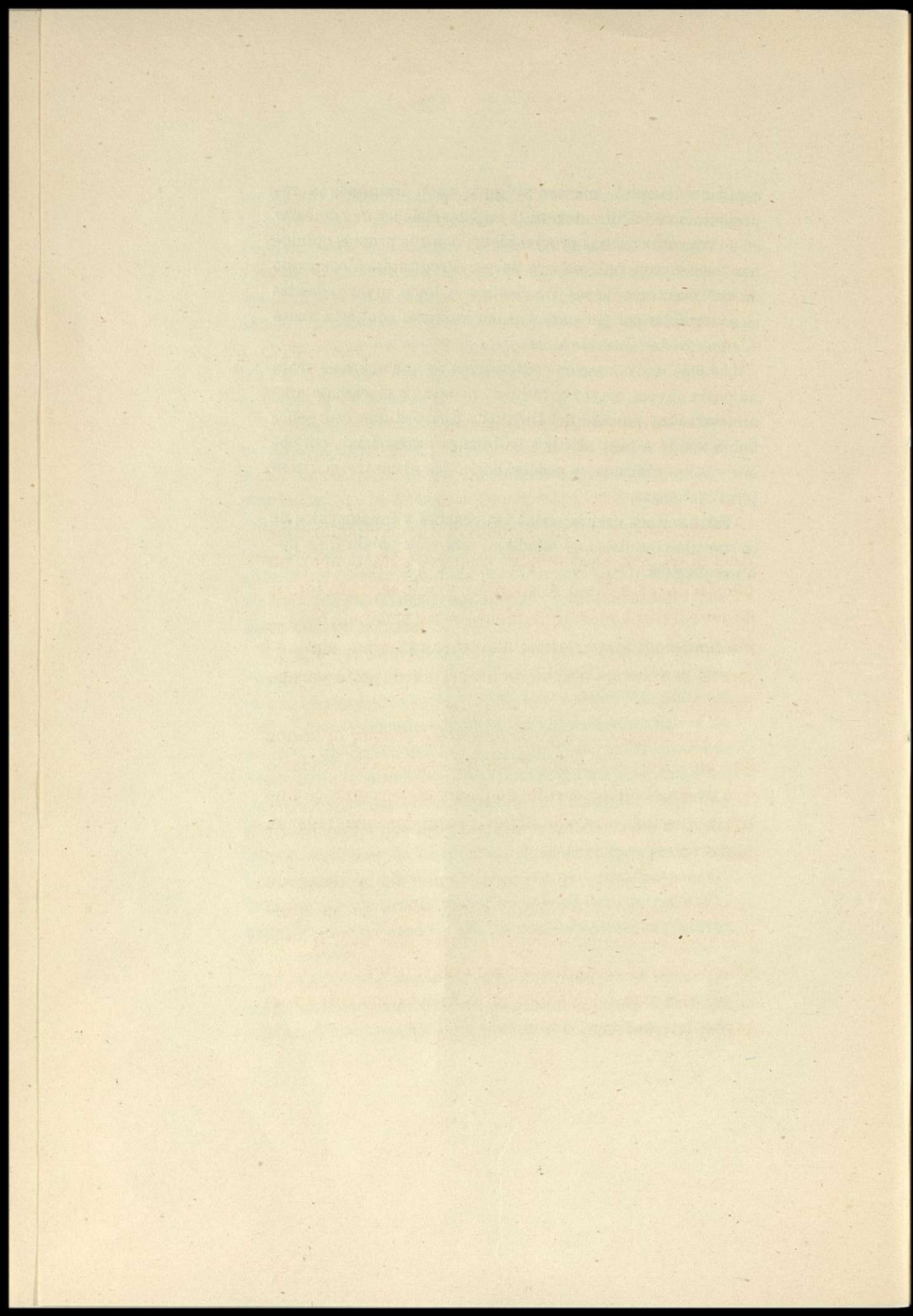
4.^a Que el artículo xxxii de los Estatutos dice así: «En las obras que la Academia adopte y publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones; el Cuerpo lo será únicamente de que las obras merecen ver la pública luz.» Con ello se evidencia que los *Estatutos* respetan, como no podia ménos de suceder, la libertad del Académico para emitir sus licitas opiniones individuales, siempre que semejante manifestacion no esté prôhibida por las leyes ó sea contraria á la moral; para cuyo caso no más, se pudo establecer el precepto de la censura.

5.^a Que si bien el artículo xxvii dispone que al tomar posesion un nuevo individuo de número, le conteste el Director ó el Académico que al efecto hubiere éste nombrado, tal pre-

cepto no delega de manera ninguna en el designado la representación del Director, ni le impone el deber de contestar en su nombre, con sus propias ideas, con sus propias opiniones, con su especial manera de ser. Pregúntese á cada uno de los Directores de las Academias si hace suyas todas las ideas emitidas por personas á quien hubiere dado hasta ahora el encargo de contestar á discursos de recepción.

6.^a Que el discurso de contestación de que ahora se trata no podía ofrecer mayor gravedad, ni aún en el caso de pronunciarse en nombre del Director, una vez que este señor había tenido á bien asistir á su lectura extraoficial, sin ponerle tacha ninguna, y prodigándole, por el contrario, lisonjeras alabanzas.

Estos son los hechos; estas las razones y fundamentos de la cuestión; no debemos añadir ni una sola palabra: el público juzgará.



Señores Académicos:

Hace más de dos años que recibí la particular distincion de ser elegido por vosotros para ocupar un puesto en esta Real Academia; y sólo el justo temor de no corresponder dignamente á tan señalada honra, me ha detenido por espacio de tanto tiempo, sin dejarme cruzar los pacíficos umbrales de este sereno recinto.

Pensaba yo que apresurándome á recojer el honor que de vosotros recibia, daba más señales de desearlo que de merecerlo; porque suele acontecer que los honores que más se ambicionan no son los que más se merecen.

Por otra parte, mi natural temor debia tener un término; ese término debia cumplirse, y se ha cumplido; y no me era lícito demorar por más tiempo esta solemnidad sin incurrir en ingratitude.

Por eso no he acudido ántes á sentarme entre vosotros; por eso vengo hoy.

No debo yo erigirme en juez de la escasez de mis merecimientos, puesto que vosotros me habeis elegido; pero no llevareis á mal que vea en la eleccion con que me habeis honrado, más vuestra benevolencia que vuestra justicia.

Vengo á ocupar el puesto de un hombre ilustre, á cuya memoria debo el justo homenaje del más profundo respeto.

D. Joaquin Francisco Pacheco, admirado en el foro, temido en la tribuna, útil en la Academia, es un nombre que no debe olvidarse, y que yo en la ocasion presente no puedo olvidar.

Al rendirle el tributo de este recuerdo, en el momento en que voy á sucederle, lo hago con la seguridad de que no puedo sustituirle.

Siempre ha sido honor insigne llegar á tener un asiento en estos escaños; pero creo que hoy es más honroso que nunca, porque nunca como hoy se ha visto la lengua pátria en mayor desgracia.

Desde aquí defendeis, con heróico empeño, la pureza y la integridad de la lengua castellana, simultáneamente acometida por las invasiones de una literatura que el filosofismo ha hecho sábia, la política libre y la industria útil.

Sábia, porque nadie la entiende.

Libre, porque se ha emancipado de la tutela del Diccionario y ha roto las ligaduras de la Gramática.

Útil, porque traducida en dinero, ó lo que es lo mismo, hablando en plata, que es la lengua positiva

de nuestros tiempos, en todas partes cuesta mucho más de lo que vale.

Desde aquí defendeis la integridad de la lengua castellana contra la funesta influencia de tres grandes poderes: contra el poder del filosofismo, que llamándose á sí propio ciencia, ha subvertido el orden de las ideas; contra el poder de lo que se entiende por política, que ha alterado profundamente el sentido de las palabras; contra el poder de una industria, que, confundiendo las bellas letras con las letras de cambio, ha medido la altura del arte por la extension de la ganancia.

Ved si puede ser mayor la desventura de nuestra lengua:

En poder de la filosofía moderna se ve cruelmente *germanizada*.

En manos de la política sufre el yugo de todo linaje de *galicismos*.

En los dominios de la industria literaria está siempre vendida.

Si yo fuera indiferente al honor de sentarme en este sitio, experimentaria el deseo de conseguirlo, arrastrado por ese atractivo que sobre los corazones nobles ejerce siempre la desgracia.

No sé si podemos ser á un mismo tiempo testigos y jueces de nuestro siglo; ignoro si en el cúmulo de derechos que hemos conquistado se encuentra el dere-

cho ilegislable que pone á nuestro arbitrio la facultad suprema de fallar definitivamente en causa propia.

Es posible: la soberanía de la razon, que hace de cada hombre el juez único de sus propias acciones, no puede negarnos el derecho de ser jueces de nuestro siglo.

Es cierto que todavía pesa sobre nuestra generacion la práctica rutinaria de apelar á un proceso que nosotros no instruimos, y á un tribunal que sólo nos oye como simples testigos, y que aún conserva por derecho propio el privilegio exclusivo de absolvernos ó condenarnos.

Hablo del proceso de la Historia y del tribunal de la posteridad, de cuyo juicio no se ha escapado todavía generacion ninguna.

Pero medítese bien acerca de esto y se verá qué injusticia tan notoria resulta de que hayan de ser nuestros jueces aquellos á quienes nosotros no hemos podido elegir ni podemos juzgar.

La civilizacion moderna no ha debido fijar todavía su luminosa mirada en este punto, y sólo así puede aún permanecer en pie el antiguo fuero de esa tenaz jurisdiccion.

Mas seamos ó no jueces legítimos de nuestro siglo, no podemos negar la evidencia de que no tenemos otro tiempo en que vivir, y seria una crueldad que nos empeñáramos en creer que son los peores tiempos del mundo estos en que hemos nacido, cuando es tan

propio de la condicion humana dar á la realidad los colores del deseo.

¿Y quién puede privarnos del placer de nuestra propia alabanza? ¿Por qué nos hemos de negar la satisfaccion de unos aplausos, que tan fácilmente podemos tributarnos?

Si se mira la prisa con que vivimos, la inquietud con que nos movemos, la precipitacion con que nos empujamos, nada más fácil que incurrir en el error de creer que nos agita y nos impulsa la viva ansia de salir del dia.

Mañana: hé ahí, en efecto, el término improrogable de nuestros deseos.

Mañana es el dia risueño que todos buscamos.

Al dia de mañana hemos trasladado todos la fiesta solemne de nuestra comun felicidad, como si nos estuviera prohibido ser felices en el dia de hoy.

Y se dirá, si el dia de mañana embarga las inquietas miradas de nuestros ojos con el esplendor de una brillante perspectiva, triste y oscura debe parecernos la realidad del dia de hoy; porque si lo porvenir es una esperanza, lo presente debe ser una desgracia.

Pero esto es un sofisma que á todos nos deslumbra: el dia de mañana es un dia que no llega nunca, como si de ese modo quisiera darnos á entender que los deseos del hombre no tienen medida.

Y si no es asi, el caso está previsto.

Hay entre las ciencias modernas una, que salvan-

do los límites que separan á unos tiempos de otros, nos ha abierto con mano franca los fabulosos tesoros que se esconden en las oscuridades de la edad futura.

Paso gigantesco, por medio del que los pueblos y los individuos, adelantándose prodigiosamente á su tiempo, pueden tomar de lo venidero todo lo necesario á la magestad de lo presente.

Preciso es confesar que si la inflexible naturaleza de las cosas no nos permite poner el pie fuera de nuestra generacion, ni más allá de nuestra vida; en cambio la ciencia invencible de los hombres nos lleva hasta el punto de que podamos con toda comodidad meter la mano en el hondo bolsillo de las futuras generaciones.

Hé ahí sin duda por qué se escapa frecuentemente de nuestros lábios este grito de triunfo: *El porvenir es nuestro.*

Y en verdad, yo pregunto: ¿á quién puede pertenecer el gran tesoro de la riqueza futura si no es á nosotros á quien pertenece?

¿A nuestros abuelos?—Han muerto ya.

¿A nuestros nietos?—No han nacido todavía.

Tal es nuestro derecho aplicado á nuestro crédito.

Este crédito, aplicado á la prosperidad pública, no es ménos maravilloso al paso que es más sencillo y más palpable.

Consiste en hacer efectivo lo que es imaginario, en devorar una fortuna antes de poseerla, en traer á lo presente lo que está por venir.

¿Cómo? En las limpias hojas de todos los libros de caja, campean dos palabras técnicas que representan valores opuestos, cantidades contradictorias.

La primera de estas palabras es *Debe*; la segunda es *Haber*. Pues bien, cámbiese el sentido opuesto de ambas voces; tómese recíprocamente una por otra, y tan sencilla operación arrojará á nuestros ojos esta suma enorme: Hay..... lo que se debe. O lo que es igual: el *Debe* será el *Haber*.

De esa manera la economía política, que nos está enriqueciendo, ha puesto á nuestro alcance lo que está por venir: de ese modo, sin poder salir de hoy, hemos logrado vivir en mañana.

Así se ve cuán absurdo es el secreto impulso que nos empuja fuera de lo presente, tomando como una esperanza lo venidero.

Fijémonos bien en este punto.

Los siglos pasados trabajaron lentamente para legarnos una rica herencia: por eso consumieron tanto tiempo.

Nosotros á nuestra vez trabajamos para dejar á los siglos venideros una opulenta deuda: por eso gastamos tanto.

Bajo la forma de los tres tiempos elementales de la conjugación, descubro toda la profundidad de estas observaciones.

Hé aquí el orden de los tiempos:

Aquellos lo ganaron.

Nosotros lo gastamos.

Los que vengan lo pagarán.

Ahora creo que no habrá nadie que esté descontento de vivir en el tiempo presente.

Pero no hay en el mundo dicha que sea completa; y mientras el creciente poder del hombre no derogue esta ley impuesta por la Providencia á la naturaleza humana, no tenemos más remedio que someternos á la imperiosa necesidad de sufrirla.

Alguna sombra habia de oscurecer el cielo de nuestra felicidad, alguna gota de acibar habia de caer en el suntuoso vaso en que rebosan las dulzuras de nuestra vida, alguna pena habia de oprimirnos el corazon en medio de la viva algazara de nuestra dicha.

¡Qué singular contraste! Somos sábios y nuestra lengua es ininteligible; somos ricos y nuestra lengua se empobrece; somos poderosos y nuestra lengua pierde su vigor y su fuerza; estamos á punto de tocar el bien supremo de una felicidad completa, y hé aquí nuestra única desgracia: no nos entendemos.

Hay una época brillante en nuestra historia literaria que llamamos Siglo de oro, y de la que no podemos hablar sin profundo respeto.

Entonces la lengua pátria, agradecida sin duda á los favores que recibia, se prestaba dócil y abundante, fácil y clara á servir de fiel expresion á las ideas más abstractas, á los conceptos más ingeniosos, á los más tiernos afectos.

Respondia, como el instrumento acordado responde á la destreza del músico; como la tierra preparada responde en frutos sazonados y en copiosas flores á la fecunda semilla que se encierra en su seno.

Aquella lengua enamorada en Lope, grandilocuente en Calderon, sóbria en Rioja, atrevida en Góngora, impetuosa en Herrera, inagotable en Cervantes, aguda siempre y siempre profunda en Quevedo, tan clara como filosófica, tan sencilla como sublime en Fr. Luis de Granada, armoniosa en todos, era ciertamente la lengua de un pueblo que creia y que pensaba.

Aquel fué el Siglo de oro.

¿Es aquella nuestra lengua?

No es á vosotros, señores académicos, á quien dirijo esta pregunta.

Al hacerlo interrogo á esa ciencia soberana que llamándose filosofía moderna, busca por torcidos caminos la última razon de las cosas, y lleva los espíritus á la última confusion de las ideas.

Interrogo á esa política hija natural de esta filosofía, que pretendiendo buscar el justo equilibrio entre los gobiernos y los pueblos, sólo habla de mentidos derechos, que parecen encargados de hacer olvidar todos los deberes, excepto el deber dinero.

Interrogo á esa industria literaria, hermana de esta política, que erigiéndose en maestra de todas las cosas, desnaturaliza los más bellos sentimientos en dramas y en novelas y oscurece la claridad de las ideas y la evidencia de los hechos por medio de dis-

cursos y periódicos, con tempestades de palabras y nubes de tinta.

A esa filosofía, á esa política y á esa industria he dirigido mi pregunta, y aunque brevemente, van á contestarme.

La filosofía es la primera que se me presenta, y abriendo el libro de su profunda sabiduría, dice de este modo:

«Reconocido, pues, Yo en la conciencia y á distincion determinada del cuerpo; Yo mismo, igualmente ó espíritu sigue en órden á la consideracion del cuerpo —y como lo conocemos y nos lo atribuimos—(ó como nos hallamos con el cuerpo en el medio sensible y en en la naturaleza) considerar (2.^a seccion de la 2.^a parte de la conciencia) el espíritu ó yo mismo, como el que resto en la distincion; que os consideramos propia y primeramente en nuestro sér y propiedades—las puras nuestras interiormente—sin necesaria atencion en esto, al cuerpo, y lo tocante á él considerado, no haciendo esto primeramente á nuestro propio sér —sér de espíritu y conciencia—sino solo al cuerpo y nuestro conocimiento de él, como conjunto é íntimo conmigo.»

Profundo debe ser el pozo de ciencia que se esconde debajo de esos renglones, si hemos de medirlo por la densa oscuridad de las palabras; y el investigador más perspicuo que intentara penetrar en ella se veria espuesto á perder hasta la íntima nocion de sí mismo, que es la manera más segura de perderse.

En cuatro partes se divide la Gramática de la lengua castellana, y sería ciertamente un hombre extraordinario el que acertara á encontrar en el párrafo que acabo de leer rastro de alguna de ellas: no hay en él ni analogía, ni sintáxis, ni prosodia ni ortografía; es un conjunto informe de palabras, es la lengua elevada al caos.

Yo sé que hay idiomas sin gramática, que todos hablamos y todos entendemos.

El amor, por ejemplo, no encuentra muchas veces palabras en el Diccionario de ninguna lengua para expresar los secretos pensamientos del cariño, y busca en la elocuencia de las miradas, en el insinuante calor de los suspiros, en el persuasivo encanto de las sonrisas la comunicacion íntima y completa de dos corazones.

De la misma manera, el dolor, como si no cupiese dentro de los límites de la palabra, prorrumpe en gritos arrancados del alma, desata en la boca el manantial de los sollozos, y hace caer de los ojos affigidos torrentes de lágrimas.

Ved al niño que sonrío en el regazo de su madre: sus lábios no han aprendido aún á pronunciar palabra alguna; pero su alma está toda en la expresion angelical de su rostro; todavia no ha tenido por qué ocultarla y la deja ver en la viva inquietud de sus ojos, en la dulce movilidad de su boca, en la agitacion de sus pequeñas manos, en la pureza de su risueña frente.

Cosa extraña: no sabe hablar y todo lo dice.

La madre, inclinada sobre aquel rostro que alternativamente ríe y llora, no pierde—permítaseme decirlo así—ni una palabra, ni una sílaba de tan misterioso lenguaje.

Hay más; hay quien, hablando y escribiendo, desconoce de tal modo el sentido propio de las voces que usa y la precisa correspondencia que debe existir entre el pensamiento y la palabra, que con frecuencia nos vemos obligados á interpretar en leyes, en libros, en discursos y en periódicos, párrafos enteros que hacen muy dudosa la recta inteligencia de los conceptos.

Y aún en este frecuente caso á que nos ha traído el abuso de la palabra y de la pluma, todavía podemos averiguar lo que se ha querido decir ó lo que se dice, y de todas maneras nos queda el consuelo de saber con más ó menos certidumbre sino lo que ha querido decirse, á lo menos lo que se ha dicho.

Pero en el libro de que he copiado la página de filosofía que antes he leído, es absolutamente imposible averiguar ni lo que su autor ha querido decir ni lo que dice.

Se asegura que la palabra sirve para disfrazar los pensamientos, y yo me inclino á creer que en esta época para lo que más sirve es para omitirlos.

Incalculables son los estragos que en una inteligencia incauta puede causar semejante filosofía, pero visible es el pasmoso desorden que ha introducido en la hermosa lengua castellana.

Abandonad á la influencia de esos libre-pensadores

el idioma pátrio; dejad que esa *ciencia* se apodere de él y lo haga á su imágen y semejanza; consentid que esa lengua absurda se propague, y todos los que tenemos todavía la pretension de dejarnos entender, nos veremos sometidos á la dura necesidad de hablar por señas.

Así trata la filosofía moderna la lengua castellana... y seamos justos, la trata así con razon, porque el gran enemigo de esa ciencia es la Gramática, y por eso la destroza sin misericordia.

La política á su vez ha trastornado el sentido de las palabras, y sin pasar del breve exámen á que su propio nombre se presta, creo que podré demostrarlo.

Yo abro vuestro Diccionario, registro sus páginas y me encuentro con esta definicion:

POLÍTICA. *Arte de gobernar á los hombres, dar leyes y reglamentos para mantener la tranquilidad y seguridad públicas y conservar el orden y las buenas costumbres.*

Paso porque la definicion no sea completa; no tengo inconveniente en admitir que la política es algo más que eso; pero dentro de los términos con que la definís está la base de lo que debemos entender por política.

Pues bien, esta palabra ha cambiado radicalmente de sentido; el uso que de ella se hace, la aplicacion que generalmente se le dá y el modo con que por todos se entiende, prueban que ya no es lo que debiera ser.

Dejad las columnas del Diccionario y consultad



las columnas de todos los periódicos: dejad la Academia y pasad al parlamento y vereis la transfiguración del sentido de esa palabra.

Política, en su propio lenguaje y en el lenguaje más elocuente todavía de los hechos, es el choque tumultuoso, continuo y necesario de los partidos.

Tal es el fundamento de lo que llamamos régimen político.

Váciase ahora esta idea esencial de la política en el molde de vuestra definición y nos encontraremos con que es todo lo contrario.

Hé aquí los términos:

POLÍTICA. Arte de trastornar los pueblos, destruir leyes y reglamentos para mantener la intranquilidad é inseguridad públicas y conservar el desorden y las malas costumbres.

Así la política, empezando por el sentido de su propio nombre, ha alterado en el comercio de todas las opiniones el valor de todas las palabras.

Ella es la que ha contrapuesto el sentido análogo de dos verbos que la lengua ha hecho para que vayan juntos como lógico complemento uno de otro, y ha declarado que reinar no es gobernar.

Ella es la que, fundiendo en el crisol de concordanancias imposibles los términos más opuestos, ha creado esa frase que, corriendo de bolsillo en bolsillo, corre todavía de boca en boca diciendo: *Donativo forzoso.*

Hasta en lo que es meramente formulario tiene el extraño placer de contradecirse.

Es frecuente oír en los tumultos parlamentarios esta reclamación arrancada por el dolor de un atropello ó de una ofensa: «pido que se escriban esas palabras;» pues bien, el que pide que se escriban esas palabras lo que verdaderamente pide es que se borren.

¿Quereis ver la contradicción más manifiesta? Pues sabed que esas palabras, sean las que quieran, no se borran nunca.

No fatigaré yo vuestra atención por más tiempo, buscando en el movimiento de la industria nuevos agravios hechos á la pureza de la lengua de que sois custodios; pero me permitireis que ofrezca á vuestra reflexión el último ejemplo de nuestra grandeza y de nuestra desdicha.

Voy á hablar de un prodigioso invento ante el que debemos descubrirnos.

Maravilloso es ciertamente ese artificio con que el hombre, robando á la naturaleza el poder de su más misterioso agente, ha puesto en rápida comunicación á los pueblos más distantes y en continuas y estrechas conversaciones de intereses y de sucesos á los hombres de todos los puntos del globo convirtiendo el mundo en una tertulia.

Esta lengua incansable que lleva nuestras palabras con la viveza del relámpago al través de las mayores distancias, tiene por agente el fugitivo impulso de la chispa eléctrica y por medio la fragilidad de un alambre.

Y hé aquí un raro capricho de las cosas: tan poderoso elemento, tan feliz idea llevada á término á costa de tantos sacrificios y de tanto trabajo, está á merced del aire y basta un soplo para destruirlo: ¡Tan grande y al mismo tiempo tan débil! ¡Tan poderoso y al mismo tiempo tan frágil...!

Mas ello es que mientras una corriente de agua no lo interrumpe, ó una bocanada de viento no lo deshace, el telégrafo trepa por las montañas, descende á los valles, corta las llanuras, salta los rios, se hunde en el seno de los mares, y, de continente en continente, de region en region, de pueblo en pueblo, lleva á las más apartadas comarcas la pronta noticia de lo que acaba de suceder; muchas veces de lo que está sucediendo, y alguna vez de lo que aún no ha sucedido.

Verdadero prodigio de la industria humana, que excede á toda admiracion. Digámoslo con orgullo: el telégrafo es la lengua propia de la civilizacion moderna; la fórmula de su pensamiento, su verbo; es el oráculo de la sociedad presente.

Pero ved qué extraño idioma es el que habla: las palabras saltan del aparato al papel, sin orden, sin concierto, sin trabazon alguna; parece que las partes de la oracion han roto todos los vínculos que las unen entre sí, y las oraciones, bárbaramente mutiladas, salen del impasible mecanismo desfallecidas, sin color, sin fuerza, sin vida, como si se escaparan de los agudos garfios de un terrible tormento.

El mónstruo habla siempre un lenguaje monstruoso, sea el que quiera el idioma en que hable: destroza los conceptos y devora las palabras, movido, si puedo decirlo así, por una sobriedad insaciable, y parece que para vivir necesita alimentarse de la sustancia de todas las lenguas cultas.

El instrumento más admirable de nuestra civilización habla como un salvaje.

Ya lo veis: esa filosofía, esa política y esa industria, cada una á su modo, muestran particular empeño en destruir el gallardo monumento de nuestra lengua pátria, de esa lengua que ha sabido contarle al mundo y estender por la tierra nuestro nombre y nuestras grandezas.

Mas hoy, que anda en tan viva disputa lo tuyo y lo mio; hoy, que la propiedad se vé tan frecuentemente acometida, propósito heróico es el vuestro pretendiendo conservar la propiedad del idioma castellano, invadido por la filosofía, subvertido por la política y explotado por la industria.

Por esto me parece que recibo hoy un doble honor al sentarme en este sitio; porque, lo vuelvo á repetir, nunca se ha visto la lengua castellana en mayor desgracia.

Antes de poner término á la lectura de estas páginas, que tan benévolamente habeis escuchado, permitidme una última reflexion.

Desde este lugar apartado de las agitaciones de la vida pública, donde se han retirado las letras para dejar pasar la gritería de los errores, el tumulto de las pasiones, el encontrado oleaje de los intereses y el desorden de las costumbres, podeis ver con perfecta claridad retratada en el espejo de la lengua la fisonomía verdadera de la sociedad en que vivimos, porque en ninguna parte se dibuja más fielmente la imagen moral de un pueblo que en la lengua que habla.

La historia relata los hechos, la literatura ensalza á los héroes y perpetúa las hazañas en la memoria de los hombres; pero el estudio de las lenguas nos descubre mucho mejor la inteligencia, la civilización y el génio de las sociedades y de los pueblos.

En ellas, digámoslo así, palpitan el carácter, los sentimientos y las costumbres; parece que al comprenderlas se oye la voz remota de los pueblos que las han hablado, y vienen á ser como los ecos que en pos de sí dejan las generaciones que pasan.

Se habla como se siente y como se piensa: una lengua varonil no puede pertenecer á un pueblo afeinado; la lengua no puede ser sábia en un pueblo ignorante, ni puede ser culta en un pueblo salvaje.

De la misma manera las lenguas se postran cuando las sociedades desfallecen; una lengua que se corrompe es siempre indicio seguro de una sociedad corrompida: la baja latinidad pertenece al bajo imperio.

Teneis, pues, en la mano la sonda con que podeis

medir la profundidad intelectual y moral de estos tiempos en que vivimos: todo lo que la lengua descendiendo eso descendemos.

He visto muchas veces al médico delante del enfermo buscar en señales exteriores la revelación de la enfermedad oculta, y siempre lo he visto indagar el estado de la dolencia por el estado de la lengua.

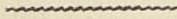
En la lengua del enfermo es donde ve el médico el carácter y los estragos de la enfermedad.

Imitad este ejemplo.

¿Quereis saber cómo se piensa? Pues ved atentamente cómo se habla.

HE DICHO.

DON CANDIDO NOCEDAL



The first paragraph of the report is devoted to the
 description of the various types of cases that have
 been observed in the course of the investigation.
 It is found that the majority of cases are of the
 nature of simple infections, but that a certain
 number of cases are of a more serious character.
 The latter are usually accompanied by a high
 fever and a marked prostration of the patient.
 In some instances the disease has been found to
 be of a more chronic nature, and in such cases
 the prognosis is less favorable.

DOE CARROLL HOSPITAL

The second paragraph of the report is devoted to
 the description of the various types of cases that
 have been observed in the course of the investigation.
 It is found that the majority of cases are of the
 nature of simple infections, but that a certain
 number of cases are of a more serious character.
 The latter are usually accompanied by a high
 fever and a marked prostration of the patient.
 In some instances the disease has been found to
 be of a more chronic nature, and in such cases
 the prognosis is less favorable.

DISCURSO

DE

DON CANDIDO NOCEDAL.

Señores:

Doy las más expresivas gracias á la Academia Española por haberme designado para representarla en tan solemne ocasion, aunque indigno, y contestar, llevando su autorizada voz, á nuestro nuevo compañero el Sr. D. José de Selgas y Carrasco. Grandes son mi gozo y la satisfaccion de mi alma, viendo llegar á estos honores dignamente al amigo querido, y ser yo quien en público le felicite. Yo tambien apadriné sus bodas el dia en que se unió ante el altar á la mujer que labra su ventura; tambien presenté yo en las sagradas fuentes del bautismo el primer fruto de aquella union bendecida. Compañero de Selgas, que no jefe suyo, contemplábame yo cuando juntos servíamos á la pátria en los consejos de la augusta Señora que empuñaba el cetro; juntos defendimos en diversas

ocasiones y en sitios diferentes, con la palabra y la pluma, entre azares y peligros, nuestras comunes opiniones, que podrán ser erradas todo lo que se quiera, pero las profesamos con noble sinceridad y desinterés notorio; juntos, en fin, hemos tenido la suerte de mostrarnos hijos sumisos de la Iglesia, eterna depositaria de las únicas verdades que pueden proclamarse con seguridad y sin vacilacion en la tierra. ¿Cómo extrañar que hoy apadrine aquí al laureado escritor quien se preció de estar al lado suyo en hidalga lucha, y sobre todo quien apadrinó á sus hijos? Así ellos, en el cerco de ángeles junto al trono de Dios alcancen de la misericordia infinita que sean salvas nuestras almas, como es tierno y cariñoso el abrazo que nos damos hoy de hermanos y compañeros.

Que el Sr. Selgas es digno, dignísimo, de ocupar un puesto en la Academia Española, sábenlo los académicos que le han dado su voto para que le ocupe: sábelo España que conoce su *Primavera*, y su *Estío*, y sus *Hojas sueltas*, y su *Libro de memorias*, y sus *Nuevas páginas*. Y si alguien lo ignora, que se lo pregunte á cuantas madres de familia hayan leído la composicion intitulada *La cuna vacía*.

Acababa de perder Selgas dos hijos de tierna edad; sentia oprimido el pecho y desgarrado el corazon; pero contempla el acerbo dolor de su esposa, anegada en lágrimas, y halla de improviso dulces bálsamos de consuelo que prodigar á la madre infelicitísima, escribiendo lo siguiente:

Bajaron los ángeles,
 besaron su rostro;
 murmurando á su oído dijeron:
 —Vente con nosotros.

Vió el niño á los ángeles
 de su cuna en torno;
 extendiendo los brazos les dijo:
 —Me voy con vosotros.

Batieron los ángeles
 sus álas de oro;
 suspendieron al niño en sus brazos,
 y se fueron todos.

De la aurora pálida
 la luz fugitiva
 alumbró á la mañana siguiente
 la cuna vacía.

Decidme, señores académicos; decidme, expectadores que teneis la bondad de escucharme; decidme, vosotras sobre todo, que con vuestro buen sentido decidís de la fama de los hombres, así como de su suerte, señoras que presenciáis este acto, ¿no es gran poeta el autor de *La cuna vacía*? ¿No es gran poeta quien ha escrito las composiciones conocidas con los nombres de *Lo que son las mariposas*, *Las dos amapolas*, *La sensitiva* y *La modestia*? ¿No es gran poeta quien ha compuesto el ingenioso apólogo de *El sauce y el ciprés*?

Cuando á las puertas de la noche umbria
 dejando el prado y la floresta amena,
 la tarde melancólica y serena
 su misterioso manto recogia;

Un macilento sauce se mecía
 por dar alivio á su constante pena,
 y en voz suave y de suspiros llena
 al son del viento murmurar se oía:

—«¡Triste nació!... ¡Mas en el mundo moran
 séres felices que el penoso duelo
 y el llanto oculto, y la tristeza ignoran!»

Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.

—«¡Dichosos, ay! los que en la tierra lloran,»
 le contestó un ciprés mirando al cielo.

Como prosista, Selgas posee maravilloso y envidiable arte: el de encerrar los pensamientos más profundos, y á veces más atrevidos en las palabras más sencillas y más llanas que tiene el idioma castellano. Y como si este no fuera extraordinario mérito, aún alcanza otro que no le va en zaga. Con fórmulas en apariencia ligeras, como quien juguetea y se entretiene discurrendo y retozando por entre niños y flores, dice hondas sentencias, y clava agudísimos dardos para advertimiento comun, y derrama bienhechor rocío y abundante consuelo en las almas doloridas. Sabe, así desconcertar y confundir al adversario con gracia tal, que al oirla fuérsale á reir, y al meditar sobre ella le hace llorar; como serenar el espíritu contristado con una frase al parecer trivial pero de tal modo sabrosa, que se adhiere tenáz á la memoria.

Sus discursos dulces y regalados para el bello sexo, como el viento primaveral, olorosos cual la flor del tomillo y del cantueso en las cumbres del Guadarrama-

ma, y fragantes como los ramilletes de azahar que enbalsaman los huertos en la pátria de Selgas, encierran siempre para la mujer útil y bienhechora medicina, mostrándole el camino de la verdad sin adular ni sus flaquezas ni sus defectos. Nadie en nuestros dias, que yo sepa, ha dicho mayores durezas con mayor galanura á esta hermosa mitad del género humano; pero envueltas en consejos tan provechosos y honrados, como los que realzan la série de artículos que llevan el epígrafe de *El Mundo*.

¿Quereis un cuadro encantador, sencillo, alegre, que dá por resultado una gran verdad? Pues escuchad á Selgas:

«¿No habeis visto alguna vez á una niña llena de viveza y de alegría correr impaciente, ágil y ciega detrás de una mariposa?»

«Va, vuelve; torna á ir y torna á volver: sus piés menudos y ligeros trazan sobre la tierra tantos círculos, tantas vueltas, tantos giros, como giros, vueltas y círculos dibujan sobre el aire las álas casi impalpables del codiciado insecto.»

«Diez veces ha sentido en sus mejillas como un soplo el contacto fugitivo de aquellas álas finas como un encaje, brillantes como el oro y la seda, ligeras como el aire.»

«Veinte veces la ha cogido y veinte veces se le ha escapado: parece un desafío á muerte: la niña ni se cansa, ni cede: la mariposa ni huye ni se deja coger: hay gritos de cólera, gemidos de impaciencia y quejidos de alegría; hay pasión, hay furia, hay vértigo.»

«No es siempre la niña la que busca á la mariposa—

sa, muchas veces es la mariposa la que busca á la niña..... la niña sigue invencible y la mariposa incansable.»

«Llega al fin un momento que parece decisivo.—La mariposa ha tomado espacio y elevándose hasta las copas de los árboles se ha perdido entre el follaje oscuro y espeso.—La niña suspensa la busca con sus inquietas miradas y no la encuentra. De pronto la ve venir silenciosa y cauta por debajo de las ramas como si quisiera sorprenderla.—Sus álas ya azules, ya carmesíes, relampaguean en la sombra, llenando el aire de caprichosas aguas de todos colores, se agita temerosa como una llama de nácar, de púrpura y de oro.—La niña abre sus brazos para esperarla, abre sus ojos para no perder ni uno de sus movimientos, y abre sus labios sonrosados para decirse á sí misma: esta vez no se me escapa.—La mariposa llega, la envuelve en una nube de círculos, roza sus labios, sus rizos, sus megillas, sus párpados; golpea con sus álas las manos de la niña, y se escapa magestuosamente como si quisiera decir: estás fresca. ¡Qué lástima, qué desconuelo, qué rabia!—La mariposa vá y vuelve, la niña vuelve y vá. Las dos se buscan con nuevo encarnizamiento y las dos se encuentran.—Levanta la niña sus dos manos blancas, pequeñas y sonrosadas como dos mosquetas, y la mariposa pasa por entre las manos de la niña, como pudiera pasar por entre dos rosas.—Este sí que es el momento decisivo, el momento supremo.—La niña junta sus manos y la mariposa queda al fin entre las manos de la niña. ¡Qué alegría, que saltos, qué risas, qué felicidad!—Aquí está preso, cogido el objeto de tantos afanes.—No se atreve á separar los dedos, y los aprieta temerosa de que el tesoro se escape.—Diez cabezas rubias, movi-

bles y risueñas, rodean con impaciente curiosidad aquellas manos que han sabido coger tan codiciada joya.—Diez cabezas de niñas, esto es, diez botones de rosas que se empiezan á abrir.—Van á ver los matizados colores de sus álas, van á tocar sus bordados de oro, van á examinarla, á besarla, á poseerla.—Se toman sérias precauciones para el caso de una fuga. Todas las manos se levantan escalonadas estratégicamente alrededor del prisionero, como centinelas colocados para hacer inútil cualquiera tentativa de evasión..... Al fin la niña empieza á separar poco á poco sus manos fuertemente apretadas; la curiosidad se aumenta, la impaciencia crece, y las precauciones se doblan: hay un momento de profundo silencio, y de completa inmovilidad: ese silencio y ese reposo que preceden siempre á los grandes sucesos.—Las manos de la niña se abren, una exclamacion general resuena en el corro; la curiosidad desaparece, las manos se bajan, las precauciones se abandonan.—La mariposa no es mariposa, aquellas álas no son álas, aquellos colores no son colores; la niña encuentra en la suave palma de su menuda mano un gusanillo aplastado, un poco de polvo que apenas brilla á los rayos del sol; nada.»

«La curiosidad se convierte en descontento, la animacion en abandono, la alegría en tristeza.»

«¡Qué chasco! — Hé ahí la vida, ese es el mundo.»

Resuélvese á bosquejar un perfecto retrato de mujer que en su concepto, y en el mio, haya de estimarse acabado tipo de belleza moral en su sexo; pues eligiendo como asunto la vida sencilla de los campos, y buscando en ellos la mujer de su gusto,

«Pobres criaturas, dice, ¿qué sabeis vosotras lo que es el mundo?—Vuestra ignorancia sólo os permite ser buenas hijas, buenas esposas y buenas madres.—Cantais por las mañanas, rezais al caer el sol y bailais los domingos delante del átrio de la Iglesia, porque vuestras honestas alegrías son tan agradables á los ojos de Dios, como vuestras humildes oraciones.—Teneis unos espejos en los que comprobais todos los dias la belleza de vuestros semblantes, y la sencilla pureza de vuestras almas.—Os mirais en los ojos de vuestras madres, de vuestros esposos y de vuestros hijos; os mirais tambien en el espejo siempre limpio de vuestra conciencia.—Vuestros adornos son siempre de moda.—Teneis la sonrisa de la alegría, bello adorno fabricado y tejido en el taller de vuestro propio corazon. Sois gallardas, como el álamo que se cria al sol y al viento. Cada estacion os ofrece una flor fresca, risueña, acabada de hacer; viva y brillante para que adorneis vuestros cabellos. El trabajo, la virtud y la inocencia, os proporcionan los dos encantos más bellos de la mujer; la alegría y la salud.....—Cuando bajais al valle, cruzais la ribera ó subís á la montaña, todo os echa flores: la tierra, el monte, los granados, los almendros, los rosales y los tomillos. Esta galantería podeis admitirla sin bajar los ojos; podeis admitir esos requiebros sin que vuestro rostro se encienda de pudor, ni palidezca de soberbia.—Podeis recoger esas flores que os arrojan al paso sin que vuestros hijos se avergüencen, ni vuestros esposos se ofendan, ni vuestros padres se aflijan..... Vuestras casas están apiñadas al rededor de la Iglesia, como los hijos al rededor de su madre. Detrás de la Iglesia está el cementerio: ese campo-santo, labrado por la muerte, está allí como un amigo que es-

pera: sobre cada sepultura se levanta una cruz, sencilla porque es la verdad, negra porque es el recuerdo de un gran luto, con los brazos abiertos porque es la señal de una gran esperanza. ¡Pobres criaturas! ¿qué sabeis vosotras? Sabeis amar, sabeis creer, sabeis orar y sabeis morir..... Vivís como las flores, á la luz del sol y delante del cielo..... ¿Y esto es vivir? ¿Y estas criaturas, al cerrar los ojos por última vez, podrán decir que han visto el mundo? ¿Y la civilizacion y la sabiduría y el progreso, ha de dejarlas en tan profunda ignorancia?—Yo os enseñaré un pequeño mundo, ese *mundo* que las mujeres de la civilizacion, de la sabiduría y del progreso llevan á la espalda al correr por el mundo. Es un mundo sobre el que brilla el sol y el cielo de los placeres. Es un paraiso en que la tierra es de seda y los rios de oro..... Aquí lo tengo como una joya encerrada en su estuche: otro dia abriremos el estuche y veremos la joya.»

Y le abre en efecto, y saca de él un cuadro pavoroso, pintado con tan vivo colorido, con tanto vigor como los dos anteriores.

«Vosotras, bellas criaturas, que pasais la vida asomadas á la ventana de vuestros encantos; que todo lo mirais desde la altura de vuestros adornos; que ahogais sobre las alfombras el ruido de vuestros pasos como si quisierais ocultarle al tiempo que vais andando por la vida; que teneis por templo el tocador, por altar un espejo, por divinidad vuestra propia hermosura; vosotras sabeis lo que es el mundo. No sois la perla escondida; sois la perla engastada..... Vosotras habeis ensanchado interminablemente los horizontes de la vida rodeándoos de espejos; al fin del camino que seguís está siempre vuestra imágen;

teneis constantemente delante de los ojos una bella perspectiva: vosotras mismas..... Habéis hecho de vosotras mismas un peligro constante á vuestra honestidad, un escollo continuo á vuestra virtud, y un recelo permanente para los que os estiman, para los que os respetan, para los que os aman... Sois la percha donde el lujo cuelga sus fugitivas invenciones, el aparador donde el comerciante muestra sus telas, joyeros donde Pizzala expone sus alhajas... Sois el lujo; esto es, la gran mentira de la civilizacion, la gran miseria de nuestros tiempos... Este es el mundo. Vosotras lo habeis encerrado en el estrecho recinto de cuatro tablas; llamais *mundo*, con perfecta exactitud, á ese inmenso baul que llevais siempre á la espalda en vuestra brillante peregrinacion sobre la tierra. Dentro llevais vuestro corazon. Abrámosle. ¿Qué hay en él?—Todo: seda, oro, diamantes.—Nada: cuatro adornos, cuatro piedras y cuatro trapos. ¿Nada más?—Nada mas.—¿Y ese es el mundo?—Ese.—Al llegar aquí tirais el libro con enfado diciendo: todo eso es mentira. Es decir que sois así sin saberlo, ó sois así sin quererlo ser.»

De éste último cuadro, por no poner demasiado sério al auditorio, he suprimido mucho, y acaso lo mejor. Quiero, con todo, presentaros agradable contraste con otra composicion de Selgas: *La Modestia*.

Por las flores proclamado
rey de una hermosa pradera,
un clavel afortunado
dió principio á su reinado
al nacer la primavera.

Con majestad soberana
llevaba y con noble brio
el régio manto de grana,

y sobre la frente ufana
la corona de rocío.

Su comitiva de honor
mandaba, por ser costumbre,
el céfiro volador,
y habia en su servidumbre
yerbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
porque tambien era uso,
quiso una flor para esposa;
y régiamente dispuso
elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,
y porque causa delicia
en la numerosa grey,
pronto corrió la noticia
por los estados del rey.—

Y en revuelta actividad,
cada flor abre el arcano
de su fecunda beldad,
por prender la voluntad
del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
engalanarse se vian
con harta envidia, dispuestas
á ver las solemnes fiestas
que celebrarse debian.—

Lujosa la córte brilla;
el rey admirado duda,
cuando ocultarse sencilla
vió una tierna florecilla
entre la yerba menuda.—

Y por si el régio esplendor
de su corona le inquieta,



pregúntale con amor:

—«¿Cómo te llamas?»—«Violeta,»
dijo temblando la flor.

—«¿Y te ocultas cuidadosa,
y no luces tus colores,
violeta dulce y medrosa,
hoy que entre todas las flores
vá el rey á elegir esposa?»

Siempre temblando la flor,
aunque llena de placer,
Suspiró y dijo:—«Señor,
yo no puedo merecer
tan distinguido favor.»

El rey, suspenso, la mira
y se inclina dulcemente;
tanta modestia le admira;
su blanda esencia respira,
y dice alzando la frente:
—«Me depara mi ventura
esposa noble y apuesta;
sepa, si alguno murmura,
que la mejor hermosura
es la hermosura modesta.»

Dijo, y el aura afanosa
publicó en forma de ley,
con voz dulce y melodiosa,
que la violeta es la esposa
elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;
ambos esposos se dieron
pruebas de amor manifiestas;
y en aquel reinado fueron
todas las flores modestas.

Oye Selgas decir que no puede obligarnos, ni seducirnos, ni encantarnos, ni ser de nuestro gusto, lo que no hemos elegido en la edad madura de la razón, y sale al paso de semejante sofisma, aplaudido ¡mal pecado! en nuestros días, con esta respuesta categórica, tan llena de gracia como de exactitud y profundidad:

«El principio que concede al hombre el derecho de elegir, es un gran principio. Vamos á verlo.

«El hombre elige:

Sus amigos;

Su mujer;

Sus criados.

Rara vez encuentra un buen-amigo; por casualidad tropieza con una mujer á su gusto; todos los días está cambiando de criados.

El hombre no puede elegir:

Ni á su padre;

Ni á su madre;

Ni á sus hijos.

Rara vez encuentra un mal padre; nunca es para él mala su madre; sus hijos son siempre los mejores.

El principio será una gran cosa; pero se vé que el hombre tiene muy mala mano para elegir.»

Reconócese universalmente á Selgas por ingenioso, agudo, y sobre todo encarecimiento donoso; no lo niega nadie, que yo sepa. Pero acúsane algunos de paradójico. Veamos si hay exactitud en la acusación.

Paradoja es, según nuestro propio Diccionario, especie extraña, ó fuera de la comun opinión y sentir de

las gentes; y asercion falsa ó inexacta que se presenta con apariencias de verdadera.

¿En qué casos sostiene el nuevo académico especies fuera de la comun opinion y del comun sentir de las gentes? Tiene que probar esto quien intente aplicarle con exactitud la calificacion de paradójico; porque si no, la acusacion queda en el aire, y se convierte en una verdadera paradoja. Lo que sucede es que va Selgas muchas veces contra el sentir de quien le critica; y entonces el crítico, por su propia autoridad, se erige en representante del comun sentir de las gentes, y fulmina contra las especies que le mortifican el anatema de llamarlas paradojas. Pero cuenta que semejante calificacion no puede nunca referirse al estilo ni á la forma de un escrito, sino al fondo, á la sustancia. Quien la aplique de otra manera, no sabe lo que es paradoja. Ahora bien; en el fondo ¿cuándo se muestra paradójico Selgas? será opinable, será controvertible, será en efecto controvertido lo que sustente; pero aquí no hay paradoja mientras no sea singular opinion de nadie participada. Con lo que vendremos á parar en que no sabe lo que se dice quien, á falta de otras contestaciones más convincentes, sale del paso con un *artículo de incontestacion*, como se dice en el foro.

¿Es paradójico Selgas, cuando asegura que el filosofismo moderno contribuye á descoyuntar, desnaturalizar y destruir la lengua de Cervantes? Pues que intente cualquiera traducir al castellano el trozo de

filosofía, digámoslo así, que Selgas copia en su discurso, ú otro de los no menos extravagantes de las obras aludidas, y pronto se convencerá de serle imposible entender lo que pretende el autor decir; y si lo adivina, ó se figura que lo comprende, y trata de explicarlo en buen idioma corriente en Castilla, verá que no puede aprovechar ni un período, ni una frase, ni una oracion de las que á granel componen ese fiero pedrisco y ennegrecido turbion de palabras.

¿Es paradójico nuestro académico novel cuando sostiene que la política ha contribuido á producir igual desastroso resultado? Pues que se traigan á esta mesa los periódicos de Madrid y de toda la Península, que se presenten los diarios de las discusiones públicas, y que se examinen hasta las disposiciones oficiales; y decida la Academia.

¿Y hay paradoja en sustentar que la lengua sale maltratada y exánime del telégrafo? Pues á la vista está; y pudiera haber añadido, sin oponerse al comun sentir de las gentes, que desde que se usa el telégrafo apenas tenemos medio de saber bien y á punto fijo lo que pasa en ninguna parte del globo; porque el telégrafo dá las noticias confusas y oscuras por querer ser breve, en embrion y en borrador porque lleguen pronto; y cuando llegan las cartas y relaciones explicando los sucesos, hállase ya el ánimo embargado con nuevas noticias telegráficas, que arrebatan el interés y la memoria de las pasadas. Así, de extracto en extracto, de confusion en confusion, llégase á formar un intrin-

cado laberinto de más difícil salida que todos los conocidos en la historia y en la fábula.

¿Paradoja es por ventura sostener que los descubrimientos más portentosos de la especie humana en los modernos tiempos, deben servir ántes de vergüenza que de envanecimiento al comun de los hombres? Pues ahí está el vapor, cuya fuerza no debia de haber sido un misterio para los hombres desde el primer dia que arrimaron una vasija á la lumbre; y han dejado pasar siglos y siglos sin echarlo de ver. Y ahí está el P. Felix, que ha dicho lo propio, y ha usado el mismo ejemplo en sus célebres conferencias, sin que nadie le tache de paradójico, á pesar de escucharle ó de leerle todos, ó los más, sábios de Europa, no exceptuando los incrédulos ni los que desconocen que el Cristianismo es el progreso.

¿Cuántas veces la tacha de paradójico en aquel que la pone se ha de entender, no sólo por imposibilidad de sostener con esperanza de glorioso y legítimo triunfo una discusion, sino tambien cauteloso pretexto para combatir aquello que desarrebozadamente no se puede ultrajar! De ello abundan ejemplos patentes y recientes. En un Estado, pongo por caso, hay prohibicion legal de atacar el Catolicismo. Pues bien: se les echa un mote encima á los católicos, y en sus personas y en sus doctrinas, se acomete con furia lo mismo que la ley protege y ampara. En vano contestan los del mote que el dardo vá contra la Iglesia, que no es á ellos, sino á la Iglesia, á quien

se vulnera: eso es paradoja, se grita; y redóblase la desaforada vocería. Pero llega el caso de que desaparezca la prohibición; y ¿qué sucede? que se olvida el mote, y se ataca al descubierto la verdad revelada por Dios y mantenida por su Iglesia. ¡Ay, si los hombres de buena voluntad, pero indolentes, se hubieran hecho cargo y preparado con tiempo! Quizá nunca llegase el infelicísimo de ver calumniados, apostrofándolos de sanguinarios y traidores, los Santos que son lustre y ornamento de nuestra patria: ¡qué digo los Santos! llena de ultrajes la inmaculada purísima Virgen, Madre de Dios y misericordiosa Patrona de las Españas; crucificado á cada hora de nuevo el Redentor del mundo, y lanzadas blasfemias horribles contra inefables misterios.

Los hombres no debemos ser pesimistas, porque no podemos trocar el mal en bien. Pero ¿quién sabe? Dios consiente á veces el mal, porque Él, y Él sólo, puede y sabe sacar bien del mal, como de la caída del hombre (*felix culpa*) sacó el divino portento de nuestra redención por su preciosísima sangre.

¿Habrà también paradoja en decir que en la época más esplendorosa de nuestra historia literaria, que llamamos Siglo de oro, la lengua patria se prestaba dócil y abundante, fácil y clara, á servir de fiel expresión á las ideas más abstractas, á los conceptos más ingeniosos, á los más tiernos afectos? Pues que vengan á responder por Selgas Santa Teresa y San Juan de la Cruz, Fray Luis de Leon y Cervantes, Lope y

Calderon, Quevedo y toda aquella série gloriosa de nombres ilustres que son nuestro justo orgullo, que más de una vez elevan hasta los cielos, con elogios desinteresados, los alemanes no inficionados de una filosofía anticristiana, panteísta, y por consecuencia, en último término, atea.

La filosofía, ¿quién lo duda? tiene singular influjo en las letras y en las artes. Desde que el moderno panteísmo anda suelto por el mundo, reproducción de añejos errores, cien veces victoriosamente refutados, ha llevado su maléfico influjo á la literatura y á las bellas artes, y aun hasta la música, arrastrándolas á repugnante realismo. Ya no son los afectos del alma humana, hecha á imágen y semejanza de Dios, sino las armonías del mundo material y hasta sus ruidos lo que las artes reproducen casi exclusivamente; y esto, nó como prueba y manifestación del poder divino, creador del cielo y de la tierra y de todas las cosas visibles é invisibles, sino como culto rendido al Mundo-Dios, ó sea al *universo producido por una emanación necesaria y efusión continua de la sustancia del Absoluto*; que es ridículo y disparatado axioma fundamental del error llamado panteísmo.

Del ateísmo desembozado y abierto, y del materialismo, no hablemos. Esos no dan lugar á que haya, buenas ni malas, bellas artes ni amena literatura. Quien no crea en la existencia de Dios, ni en la inmortalidad del alma humana; quien no se sienta dotado de alma racional y perdurable, y crea que ha de

confundirse todo él con la tierra á que vuelve su cuerpo, ni más ni menos que una calabaza ó un asno, no ha de tener en más la belleza de las artes ni la expresion de las aspiraciones inmortales del espíritu que nos vivifica, que en aquello en que lo estiman las calabazas y los asnos. Por fortuna, la demostracion de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios, eterno, sin principio ni fin, personal, pródigo, creador y conservador del mundo, ha llegado hasta las últimas capas de la sociedad, y sólo es dado ya pregonar el materialismo á los dementes ó á los idiotas.

¿Hay en algo de esto paradoja? Que lo sustente quien se atreva.

Y como quiera que la Iglesia de Dios sea depositaria y maestra de la verdad, y así lo creamos todos los católicos, el sostener con decision todo lo que ella sostenga no puede sin temeridad calificarse de contrario al comun sentir de las gentes. Y no ha de parecer redundante ni estéril ni inoportuno decirlo y proclamarlo en todo tiempo y lugar, aunque fuera menester correr peligro de muerte; áun arrojando lo que suele affigir y mortificar á la generacion presente tanto ó más que morir, el peligro de verse en caricatura ridícula expuesto á los ojos de inapercibida muchedumbre.

No es eso, nó, se dice; Selgas es paradójico en la forma. ¿Cómo? ¿Qué se quiere significar con esto? ¿Que presenta las cosas verdaderas, ó las opinables, en términos que parecen contrarias á la verdad? Pero

ahí no hay paradoja; eso se llama sátira unas veces y otras sarcasmo. En tal caso, la acusacion va mucho más allá de la persona acusada y pasando por encima de su cabeza y de sus escritos, se dirige contra el sin igual Cervantes, príncipe de los ingenios españoles; contra el gran D. Francisco de Quevedo. La profundidad, el arrojo, el desenfado y la libertad de éste, bastan para desconcertar y deshacer la errada opinion, absurdísima, de que en España y en los siglos pasados la empresa nacional de conservar íntegra y pura la unidad católica oprimió y achicó los entendimientos y le cortó al ingenio sus alas. ¡Ahogado el ingenio de Lope y de Calderon, de Tirso y Moreto, y de nuestros excelentes romanceros! ¡Achicado y abatido el entendimiento de Fray Luis de Leon, de Vives y de Suarez y de Melchor Cano! Esto ello se contesta solo; no hay necesidad de contestarlo. Cuando los tiempos actuales, y aún los futuros, presenten una lista de hombres eminentes en todos los ramos del saber y en todas las manifestaciones del ingenio, igual, que no superior á la de nuestro Siglo de oro, podrán mirarle cara á cara: entre tanto, bajen respetuosos y confundidos la cabeza.

El buen hijo ha de reverenciar la memoria del buen padre. No se han de envidiar ni maldecir las grandes y admirables hazañas, sino procurar igualarlas, ó por lo menos competir con ellas. Renegar de nuestros timbres más esclarecidos, admiracion de cien generaciones y estudio y pasmo de extraños pueblos;

renegar de nuestros inmarcesibles lauros y de nuestras mayores glorias, es renegar de la pátria.

No trato, señores, de fatigar más vuestra atención, y he llegado al fin de mi propósito; que no ha sido otro que el de mostraros la índole del ingenio de Selgas, para que sin prevencion injusta pueda ser debidamente apreciado. Cuantos me escuchan han leído y saboreado cada cual de por sí, en el retiro de su casa, las obras de este escritor ameno. Las cuales, sin embargo, necesitaban llegase un día como el presente, de ensayarse en la piedra de toque de numeroso auditorio, de inteligente y escogida asamblea. Tiénenle siempre para su más pronta y reconocida fama, el orador sagrado, el jurisconsulto, el repúblico, el poeta dramático; fáltale por lo comun al lírico, al erudito, al historiador, al escritor verdaderamente filósofo. Ya supondreis mi gozo cuando miro logrado uno de los vivos deseos de mi alma: el de ver dignamente apreciados aquí en tan honroso lugar los bien nacidos pensamientos, la feliz inspiracion, el intento bizarro de nuestro nuevo compañero.

Observad, señores académicos, la unidad de miras que resplandece siempre en los escritos de Selgas. En prosa y en verso, cuando habla formal y cuando parece como que se chancea (que es tal vez cuando dice las cosas más formales y graves), nunca vacila, jamás duda; siempre es el mismo. Si la buena crítica exige de las figuras fantaseadas en cualquier poema ó ficcion literaria que siempre sean consecuentes consigo pro-

pías—¿quién podrá dispensar de esta consecuencia, tan conveniente y bella, al mismo escritor? Español y cristiano ante todo, la fé de nuestros padres, las tradiciones de España, la más pura moral, las más provechosas enseñanzas, brotan espontánea y constantemente de la pluma de Selgas; humorística, pero profunda; retozona, pero sentenciosa. ¿Quereis una muestra más decisiva, si cabe, de los sentimientos que animan á Selgas, y de que está impregnada su alma? Pues oidlos, que él mejor que yo sabe explicarlos con natural sencillez, y con felicidad suma.

¡Triste experiencia!

¿Quién pudiera trocar todos sus años
por unas breves horas de inocencia!

¿Y por qué á la virtud somos extraños?

¿No es la virtud la amiga bienhechora
que evita dolorosos desengaños?

¿No consuela el dolor que nos devora?

Si llora con nosotros... ¡Qué dulzura
no derrama en las lágrimas que llora!

.....
Ella nos cubre con su hermoso manto:
ella el afán mitiga y el desvelo;
ella nos presta inagotable encanto.

.....
Siempre á la par de nuestro bien camina;
y despues de esta vida transitoria,
sobre nuestro sepulcro se reclina.

.....
Virtud, dame tu fé, dame tu aliento:
olvida mis pasados desvaríos;
brille en mi corazon tu sentimiento;
brille en mi vida y en los versos mios.

